

XI

Un domingo salió el sol radiante, alegre y hermoso.

Era Febrero. Las campanas tocaban á misa, y llamaban á los fieles con sus argentinas voces.

La calle de la Montera estaba animada, ruidosa y alegre, con las modistas que pasaban con sus novios, los vendedores de periódicos y fósforos, las naranjeras y los aguadores que acarreaman sus cubas con la paciente y lucrativa constancia que les es propia.

Los pequeños balcones del sotabanco de Casilda, abiertos de par en par, dejaban penetrar el sol y el bullicio de aquel hermoso día.

El interior de la habitación era también aseado y alegre; brillaba la limpieza en los menores detalles: las cortinas festoneadas daban placer á la vista con su suave blancura; sólo el ama de aquella graciosa habitación parecía sumergida en una tristeza profunda.

Casilda estaba muy delgada y muy pálida: grandes ojeras rodeaban sus rasgados ojos negros, tan dulces y tan llenos de ternura; su cabello se recogía detrás de su cabeza en dos gruesas trenzas.

Estaba vestida con un traje de percal, viejo, pero bien arreglado y de hechura elegante, y con un pañuelo de crespón negro, y tenía sobre la mesa su mantilla de seda doblada.

A la sazón estaba colocando en un pañuelo de seda grande algunos objetos bastante extraños.

Ya había en él un pedazo de salchichón, un panecillo tierno, pasas y almendras, y ahora estaba colocando una cajetilla de tabaco, un librito de papel de fumar y una caja de fósforos, todo liado cuidadosamente en un papel para que no tocara las provisiones de boca.

Mientras esto hacía, caían de sus ojos algunas lágrimas. Después de colocar los objetos enunciados, le faltó sin duda el valor, y se dejó caer de rodillas ante un cuadro que representaba á Nuestra Señora de los Dolores.

—¡Señora y Madre mía!—exclamó,—¡dadme fuerzas! ¡Esta cruz es demasiado pesada para mis débiles hombros, Señora, y me abrumba con su peso! ¡Volvedle al buen camino, Madre santa del que todo lo puede... porque yo ya no sé qué hacer!...

Detúvose la joven y escuchó con atención, pues le parecía haber oído pasos en la escalera. En efecto: algunas personas subían, si bien lenta y como penosamente.

Casilda se levantó y secó sus ojos, fué á la mesa y ocultó con esmero los objetos que estaba colocando en el pañuelo.

Apenas había concluído esta operación, llamaron á la puerta.

La joven fué á abrir y su antigua ama se presentó á sus ojos.

Pero cualquiera hubiera dicho que aquella Rosario era la sombra de la otra que hemos conocido, bella, fresca y encantadora.

Una extrema palidez cubría su rostro. Sus grandes ojos oscuros parecían mucho mayores y tenían una expresión de amargura difícil de describir.

Su boca marchita parecía que ya no sabía dar paso más que á los sollozos, y que las escasas sonrisas que habían morado en sus labios en otro tiempo, habían huído de ellos.

—Siéntese usted, señorita,—dijo Casilda, quien, á pesar de verla todos los días, no pudo mirar sin pena el estrago profundo que los pesares habían hecho en aquel semblante encantador.

—Sí, lo haré—repuso Rosario con voz débil,—que á fe subo rendida.

—¿Por qué no me ha llamado usted? ¿No era más regular que bajara yo?

—No podía decirte ante testigos lo que voy á decirte á solas.

—Hable usted, señorita.

—Mira lo que he recibido hoy por el correo interior,—dijo Rosario, sacando de su bolsillo una carta doblada con la forma grosera del anónimo, y presentándosela á su hermana de leche.

Esta se levantó y fué al balcón, desdoblándola y pasando por ella la vista. Decía de esta suerte con una letra fea y desfigurada:

«Señora doña Rosario: un amigo quiere desengañar á V. acerca de la Infame conducta de su Esposo: Sé que está en relaciones con una Bailarina, que bale menos que V., y Es Muy desBergonzada: se llama ceferina, y Vibe en La calle de las Infantas, cuarto Bajo, infórmese usted, y me dará las Gracias, aunque no tenga el Gusto de conocelme.»

—¡Gran gusto sería! ¡Valiente bribón!—exclamó Casilda.—¡Jesús, yo no sé lo que haría con los que escriben anónimos! ¿Qué necesidad tenía usted de saber esto? Eso, aunque sea verdad; que Dios sabe si será una gran calumnia.

—Eso es lo que quiero ver,—repuso sombríamente Rosario.

—¡Cómo! ¿Cree usted?... ¿Qué vale ese ruín papel?

—Eso es lo que quiero ver—repitió Rosario.—La verdad es que Pepe no viene á casa hace quince días más que á dormir, y eso cerca del día.

—Se estará con los amigos en el café... ¿Qué ha de pensar ahora en bailarinas?

—En fin, Casilda, quiero que esta noche me acompañes hasta la puerta del teatro del Circo. Si es verdad que tiene trato con esa mujer, la irá á buscar allí, y luego la acompañará á su casa.

—¿Pero y si ella baila en otra parte?

—No: ya he preguntado yo, así como al descuido, en casa de la Marquesa, y me han dicho que en el Circo baila una joven francesa llamada Ceferina, muy linda. ¿Pero dudas? ¿Se opondrá tu marido á que me hagas ese favor?

—¡No, señora!—respondió Casilda volviendo la cabeza para ocultar dos lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, pues su marido hacía ya cuatro días que no parecía por su casa ni á dormir.

—¿Qué tienes?—exclamó Rosario con vehemencia;—¿por qué lloras? Con mis pesares me olvidado de los tuyos... ¿Dónde está Paco?

—Trabajando,—respondió Casilda.

—¡Tú me engañas! Vamos, ¿á qué mentirme á mí? ¿No te lo cuento yo todo? ¿No somos hermanas?

La pobre Casilda, á pesar de su empeño de ser prudente, rompió á llorar con amargura. Su corazón estaba tan lleno de pena, que al fin reventó en llanto, al eco cariñoso de aquella voz amiga.

—¡Sosíégate, Casilda!—le dijo Rosario.—No te digo que no llores, porque si yo no llorara, ya me hubiera muerto; pero luego sosíégate y dime lo que te pasa.

—¡Ay, señorita, yo no lo sé!—exclamó la pobre joven.—Ahora iba á salir á buscar á Paco.

—¿A buscarle? ¿Pero á dónde? ¿Sabes dónde está?

—Me lo presumo: ¡en el juego!

—¡También Pepe juega!

—El pobre debe de haber perdido todo el jornal de la semana, y todos los ahorrillos de mis costuras que también se llevó; ahora estará muerto de hambre y sin fumar, y le voy á llevar todo esto, porque hoy, según me ha dicho el maestro, tenía que ir al taller á hacer unos remates que él solo sabe hacerlos.

—¿Y á dónde vas?

—Al solo sitio que puedo: á la puerta del taller. Saldrá á las doce de los remates, y antes de que se vuelva á ir con esa mala gente que le saca de sus casillas...

—¿Pero, mujer, le vas á llevar comida y cigarrros, y hasta ropa limpia, según veo, en ese pañuelo?

—Sí, señora: se pondrá la camisa en el taller, y no le verán venir á casa los vecinos desarrapado.

—¿Con que en vez de enfadarte y regañarle, le vas á contemplar?

—Señorita, *más se caza con miel que con hiel.*

—¿Y crees poder corregir con miel á un hombre como tu marido?

—*Querer es poder.*

—¡Pues ya verás cómo trato yo al mío la primera vez que le hable!

—¡Ay, señorita, por Dios! ¡No le diga usted palabras ofensivas, porque los hombres siempre quieren tener la razón!

—¡No se les dal!

—Entonces se la toman ellos, como hace el señorito. Yo, de Paco, no sé aún, gracias á Dios, que ande entretenido con ninguna mala mujer, y eso es lo que quiero evitar á todo trance, señorita.

—¿En fin, esta noche me vas á acompañar?

—Sí, señora.

—¿Y si viene Paco y no te deja?

—Entonces...—dijo Casilda dudosa;—¡pero si me dejará; ó por mejor decir, demasiado libre estaré!

—¿No crees que venga contigo á casa?

—No sé lo que hará, y sólo espero en Dios que abra los ojos.

—Adiós, Casilda, y Él te acompañe. Toma por si quieres comprar alguna cosa que le guste para que venga á cenar.

Rosario dejó, dichas estas palabras, una moneda de oro de cuarenta reales sobre la mesa. Casilda se puso muy colorada; extendió hacia ella la mano por dos veces, y la volvió á retirar; por último, la tomó y dijo con voz trémula:

—¡Gracias, señorita! No tenía un cuarto.

—¡Y habrás estado pasando quizá necesidad estos días, viviendo yo tan cerca de tí!

—¡Qué quiere usted! ¡Es tan amargo el pan de la limosna, que prefiero más no comerlo!

—Esto no es el pan de la limosna—dijo gravemente Rosario:—es el pan de la amistad.

—Todo lo que se recibe con la certidumbre de no poderlo devolver, es limosna, señorita.

—Dejemos esto. Para la noche, á las diez, tenme preparado un vestido y un pañuelo tuyo, porque lo mío lo puede conocer mi marido.

—¡Ay, señorita!—exclamó Casilda volviendo á ponerse colorada.

—¿Qué?

—¡Todo lo tengo empeñado! ¡Sólo me ha quedado lo que llevo puesto!

—Toma—dijo Rosario:—cómprame, al menos, un pañolón obscuro y una mantilla ordinaria, y me pondré un vestido negro. Adiós y hasta la noche.

Rosario bajó corriendo la escalera, y Casilda la oyó llamar á su puerta.

Así que se halló sola, y viendo que ya era tarde, acabó de arreglar la ropa blanca y los demás objetos, se puso la mantilla, tomó el pañuelo y salió.

Eran poco más de las nueve.

El taller de ebanista donde trabajaba Paco, estaba á la entrada de la calle de Hortaleza, y Casilda atravesó el alegre gentío, que tan gran contraste hacía con su pena, y llegó muy pronto.

Miró por las vidrieras cerradas del taller, y vió á Paco de espaldas, que sin duda acababa de llegar.

Casilda hubo de hacer un esfuerzo para reprimir un grito de terror al verle en aquel deplorable estado.

Llevaba la ropa de los domingos, es decir, un costoso y bien cortado traje de artesano, de rico paño negro sedán, pero manchado y hasta roto; su barba estaba crecida; sus cabellos, largos y descompuestos; la camisa que llevaba, de rica holandesa, cosida y bordada por la misma mano de su mujer, estaba manchada de vino en mil partes, y hasta de algunas pequeñas gotas de sangre que indicaban el estrago que habían hecho en el pecho las uñas de Paco al vengarse en sí mismo de las pérdidas del juego.

En el taller, que era espacioso y bien alumbrado, había otros dos oficiales, jóvenes y aseados.

Casilda entró con sereno continente y ligero pasó, diciendo:

—Buenos días, señores.

—Aquí está la casadita más linda que se pasea por Madrid,—dijo uno de los oficiales.

—¡Qué mal empleada para semejante hereje de marido!—añadió el otro.—Chica, si me quisieras dar oídos, te vengabas de todas las picardías de Paco.

—La venganza no es buena nunca—respondió Casilda,—pues amarga más al que la emplea que al que la sufre; además, yo no tengo quejas de mi marido. Pero, á todo esto, ¿no está aquí?

—Allá le tienes todo trasnochado—dijo el otro oficial.—Acaba de llegar.

Paco, al ver á su mujer, se halló tan avergon-